

voluntad de Dios; jamás quieras tener parte en sus destinos ni en sus empleos; depende en todo de la obediencia, que es el secreto infalible para ser santo. Aunque pongan en tu mano la eleccion del puesto, del ejercicio, del empleo, déjate gobernar por la Providencia; ninguna cosa nos perjudica tanto como la propia voluntad. ¿Quieres vivir contento? ¿quieres morir consolado, y sentir en aquella hora los dulces efectos de una entera confianza en la divina bondad? pues depende en todo de la obediencia, y estarás seguro de hacer en todo la voluntad de Dios. Pero sobre todo, profesa siempre una tierna y singular devocion á la santísima Virgen. No hay señal mas segura de predestinacion, que la verdadera devocion á esta Señora; llámala siempre tu querida madre; ámala como á tal; sirvela con zelo, con fervor, y despues de Jesucristo pon toda tu confianza en la Madre de Dios.

DIA CATORCE.

SAN DIEGO, CONFESOR, RELIGIOSO DE LA ÓRDEN DE SAN FRANCISCO (*).

Nació al mundo san Diego en la villa de San Nicolás, diócesis de Sevilla, en el reino de Andalucía. No tenían sus pobres padres con qué hacerle una gran fortuna; pero le inspiraron el temor santo de Dios, que vale mas que todos los tesoros. Tomó Dios posesion de su tierno corazon, y el Espiritu Santo fué su guía desde su infancia. Por eso, desde ella amó el re-

(*) Esta fiesta celebra la Iglesia de España el dia XI.

tiro y la oracion. Hizose desde entonces reparar y estimar por su inclinacion á las cosas espirituales, por su modestia, por su abstinencia y por su pureza de costumbres. El mismo Espiritu Santo le desvió del comercio del mundo para que no perdiese en la juventud la inocencia que habia conservado en la niñez. Fué Diego á entregarse á la direccion de un virtuoso sacerdote que estaba retirado en una hermita no lejos de San Nicolás, dedicado enteramente á ejercicios de penitencia y de mortificacion. En aquella soledad hizo nuestro Diego una vida santa, desprendida de todo afecto terrestre, meditando las verdades de la salvacion, orando incesantemente. Manteniase de limosnas; y para evitar la ociosidad, el tiempo que le dejaba libre la oracion y los demás ejercicios espirituales, le empleaba en algun trabajo de manos; pero sin que el mismo trabajo interrumpiese la oracion. Hiciese lo que hiciese, siempre tenia á Dios en la boca y en el corazon. No vendia lo que trabajaba, porque habia renunciado el dinero; pero regalaba con ello á los que le daban limosna en muestras de su agradecimiento, negándose generosamente á recibirlo que le ofrecian en consideracion de esto mismo, y no era absolutamente preciso para socorrer su necesidad. No pocas veces repartia con otros pobres la limosna que le daban. Llegó á tanto su desinterés, que, habiendo encontrado una bolsa en un camino, ni aun se dignó levantarla. Era tanta su humildad, que recibia con gozo todo lo que le podia hacer despreciable á los ojos de los hombres. Procuraba tener á raya el cuerpo, el alma y los sentidos con el freno de una continua mortificacion. Por su atencion, por su vigilancia, por aquella zelosa circunspeccion con que estaba siempre muy dentro de sí mismo logró evitar las sorpresas del enemigo de la salvacion. El mismo espiritu de vigilancia con que expiaba continuamente

todos sus pasos y movimientos, le abrió los ojos para conocer los lazos que armaba el mundo á la inocencia, y quiso librarse de ellos. Pidió ser recibido en la religion de san Francisco, y lo consiguió pretendiendo para lego por ser hombre sin letras, y porque aquel estado favorecia mas á su humildad. Desde luego hizo ánimo de observar á la letra la regla de su instituto, y lo cumplió de manera que su vida se podia reputar por animada copia de la misma regla. El espíritu de humildad, de pobreza, de mortificacion y de caridad cristiana, que era el espíritu primitivo de su santo patriarca, resplandecia en aquel vivo modelo de caridad, de mortificacion, de pobreza y de humildad. Entregóse de tal manera á la obediencia, que para él todos eran superiores suyos. Veneraba en las órdenes de sus prelados las del mismo Jesucristo: obedecia á aquellos como obedeceria á este, reconociendo que de la autoridad de este dimanaba la de aquellos. Era la voluntad de Dios su única regla, y nada queria fuera del órden de la suprema voluntad. Para él eran indiferentes todos los empleos: cualquiera ocupacion que trajese el sello de la voluntad de Dios, era para Diego muy estimable; pero sin este sello, por grande, por acomodada que fuese, ni le movia, ni la apreciaba. Sus penitencias eran asombrosas, y su vida como un continuado ayuno. Trataba á su carne con el mayor rigor, y no estaba contento mientras no la veia toda cubierta de sangre. Pareciéndole un dia de invierno que se habia excitado en ella algun ardor de concupiscencia, se arrojó intrépido á un estanque de agua helada, manteniéndose en él hasta que faltó poco para que se extinguiese el calor natural juntamente con el de aquel otro ardor forastero. La pobreza universal, que tanto encomendaba y practicaba tanto el patriarca san Francisco, la amó siempre de tal manera que se po-

dia decir no tenia otra cosa que el roto hábito que traia á cuestras, el rosario, y un libro de meditaciones y oraciones. Aun esto poco no era suyo, y solia decir que no tenia cosa propia sino el pecado, que procuraba destruir continuamente. Pero en medio de esta extremada pobreza personal, parecia rico y poderoso respecto de los prójimos, porque su caridad siempre industriosa le sugeria medios para socorrer las mas apuradas necesidades. Los superiores de la órden, juzgándole para mas que para el trabajo corporal y de manos, le hicieron guardian del convento de Fuerteventura en una de las islas Canarias. Encontró en aquel país muchos idólatras; y considerándose obligado á ganarlos para Jesucristo, padeció los trabajos de un apóstol, y recogió tambien los frutos. Quedaron en la isla pocos infieles que no abriesen los ojos á la luz de la fe; y animado de este feliz suceso, formó un nuevo plan de conquistas apostólicas, y pasó á la gran Canaria, donde hasta entonces no se habia oído hablar de Jesucristo, dispuesto á derramar la sangre por anunciar su Evangelio; pero tenia Dios otros intentos, y no permitió que abordase á ella. Redújose, pues, á cultivar la isla de Fuerteventura, y luego que acabó de conquistarla, fué llamado á España, donde volvió cargado de frutos de una abundante cosecha, y trajo tambien consigo el don de milagros con que ordinariamente favorece Dios á los que honra con el carácter de apóstoles. Estando el santo en Sevilla, un muchacho por huir el castigo de su madre se escondió dentro de un horno, y se quedó dormido. La madre, sin saber, ni aun imaginar que su hijo pudiese estar en el horno, le llenó de leña, y le encendió. Despertó el muchacho con el calor de la llama: lloró, gritó; pero ya no era tiempo de poderle socorrer: el fuego era violento, se habia apoderado

de todo el horno, y no era ya posible salvar al niño. La afligida madre, desesperada con el dolor, salió por las calles dando alaridos como una loca, y acusándose de que habia sido homicida de su hijo. Dispuso la divina Providencia que san Diego se hallase á la sazón cerca de su casa : consolóla como pudo , y enviándola á que hiciese oracion delante del altar de Nuestra Señora, se fué derecho al horno con su compañero, y seguido de innumerable gentío. ¡Cosa asombrosa! Ya casi se habia consumido toda la leña, y sin embargo el muchacho salió del horno sano y libre sin que las llamas le hubiesen hecho la mas mínima lesion. Era patente el milagro, del que fueron testigos innumerables personas, y el muchacho fué llevado á la capilla de la santísima Virgen, donde su madre estaba haciendo oracion por él. Vistiéronle de blanco los canónigos en reverencia de la misma Señora, y desde entonces se hizo muy célebre aquella santa capilla, concurriendo á ella grande multitud de fieles á implorar la proteccion de la Madre de los afligidos. Otros muchos milagros hizo san Diego por ser en él muy abundante la gracia de las curaciones; pero el mayor de todos los milagros fué su misma vida. El objeto mas ordinario de su oracion era la pasion de Cristo : en ella meditaba continuamente teniendo un crucifijo en la mano, siendo algunas veces tan vehementemente la fuerza de su amor, que se quedaba estático y elevado en el aire. Nada le movia tanto como la vista de aquella sagrada víctima sacrificada en el monte Calvario á manos de su mismo amor. Pero cuando pasaba del sacrificio cruento del Calvario al sacrificio incruento del altar, se duplicaba el incendio en su amante corazon, enternecido con la consideracion de tan estupendo beneficio del Esposo celestial. Un Dios, hecho alimento del hombre, era el objeto de su pasmo y el sustento de su amor, cuyas llamas ardian tanto mas

encendidas, cuanto mas se apacentaba del Dios del amor; y al paso que mas se nutria con la divina sustancia del eucaristico pan, cobraba su espiritu mas vigor, y se abrasaba en mayores incendios su amoroso corazon. A la devocion que tenia con el Hijo, correspondia la que profesaba á la Madre; pues no es posible una devocion sin la otra. Es Jesucristo la fuente de las gracias, y María es el canal. Colmónos Cristo de beneficios, comunicando á nuestra humanidad los tesoros de su misma divinidad; pero María es la madre de ese Hombre Dios que nos enriqueció. Profesaba, pues, nuestro Diego un tierno amor á María, venerándola como á su asilo, su patrona, su abogada, su consuelo y su esperanza. Ayunaba en honra suya todos los sábados á pan y agua; celebraba sus fiestas con espiritual alegría; rezaba todos los dias el rosario con tanta devocion y con tanto respeto, que se conocia muy bien estaba penetrado de la grandeza de María, y que estaba hablando con la Madre de su Dios. Era tan grande el concepto que se tenia de su santidad, que solo se le conocia por el nombre del *santo*. Al fin de su vida, Jesucristo, varon de dolores, quiso refinar su virtud con el fuego de los trabajos. Envióle un absceso en un brazo, sumamente doloroso, que le duró hasta la muerte. Estando una noche muy malo, perdió de tal manera el uso de los sentidos, que todos le tuvieron por muerto; pero volviendo en si de aquel éxtasis, exclamó tres ó cuatro veces : *¡Oh qué hermosas flores hay en el paraíso!* Sintiendo que se le iban acabando las fuerzas, se fortaleció con los sacramentos de la Iglesia, y pasando á ser total el desfallecimiento, se rindió á la naturaleza, y murió la noche del sábado 12 de noviembre del año 1463. Sus últimas palabras fueron aquellas que canta la Iglesia en honra de la cruz : *Dulce lignum, dulces clavos, etc.* Dulce madero, dulces clavos, cruz adorable,

que sola tú fuiste digna de llevar al Rey y Señor de los cielos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Heraclea de Tracia, la fiesta de los santos mártires Clementino, Teodoto y Filomeno.

En Alejandría, san Serapion, mártir, á quien los perseguidores atormentaron tan cruelmente bajo el emperador Decio, que le dislocaron todos los miembros, luego le precipitaron del piso mas alto de su casa, siendo de este modo mártir de Jesucristo.

En Troyes, san Venerando, martirizado bajo el emperador Aureliano.

En Francia, santa Veneranda, quien, bajo el presidente Asclepiades y el emperador Antonino, recibió la corona del martirio.

En Gangres de Paflagonia, san Hipacio, obispo, quien, de vuelta del concilio de Nicea, fué asaltado á pedradas por los herejes novacianos, á murió martir.

En Argel en Africa, el bienaventurado Serapion, que fué el primero del orden de Nuestra Señora de la Merced que, habiendo sido puesto en una cruz por haber rescatado unos cristianos esclavos, y predicado la fe cristiana, mereció la palma del martirio, despues de haberle sajado su cuerpo.

En Emesa, el martirio de muchas santas mujeres, á las cuales el cruel Mady, jefe de los Arabes, hizo sufrir horribles tormentos, matándolas al cabo por la fe de Jesucristo.

En Bolonia, san Jucundo, obispo y confesor.

En Irlanda, san Lorenzo, obispo de Dublin.

En Reims, santa Balsamina, nodriza de san Remigio.

En Langres, san Antego, obispo.

Cerca de Cansoudain en el país de Caux, san Saenso,

abad, que es llamado san Sidonio en la diócesis de Meaux.

En Etiopia, las santas mártires Iona y Atrasesa.

En Landaff en el país de Gales en Inglaterra, san Dubricio, obispo de aquella ciudad.

En el país de los Grisones, san Fidan, obispo de Coira.

En Tarazona en Aragon, el tránsito del venerable Prudencio.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente :

Omnipotens sempiternus Deus, qui, dispositione mirabili, in firma mundi eligis, ut fortia quaeque confundas; concede propitius humilitati nostrae, ut piis beati Didaci, confessoris tui, precibus ad perennem in caelis gloriam sublimari mereamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Todopoderoso y sempiterno Dios, que con admirable disposicion eliges lo mas flaco del mundo para confundir á lo mas fuerte: concede benigno á nuestra humildad que por los piadosos ruegos de tu confesor san Diego merezcamos ser sublimados á la gloria eterna y celestial. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del capitulo 5 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: nos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis caedimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros necios por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, y vosotros fuertes; vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tene-

manibus nostris : maledicimur, et benedicimus : persecutionem patimur, et sustinemus : blasphemamur, et obsecramus : tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos, hæc scribo, sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

mos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos; somos maldecidos, y bendecimos; padecemos persecucion, y tenemos paciencia; somos blasfemados, y hacemos súplicas; hemos llegado á ser como la basura del mundo, y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros, sino que os avise como á hijos míos muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Habiendo ganado los falsos apóstoles á algunos Corintios, hicieron cuanto pudieron para desacreditar á san Pablo; por lo que el Apóstol se vió precisado á escribir esta epístola á los fieles de aquella ciudad para abrirles los ojos, haciéndoles patentes los lazos que les armaban. »

REFLEXIONES.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo. Nosotros somos flacos, vosotros fuertes. Vosotros sois nobles, nosotros hombres desconocidos. Esto sentía de sí san Pablo, y de esto se honraba. No hubo santo que no hubiese sentido muy bajamente de sí mismo : la humildad, que es el fundamento de todas las virtudes cristianas, los caracterizó, los distinguió á todos. Una de las grandes obligaciones que tenemos á Dios es, que hubiese hecho dependiente nuestra salvacion de nuestra humildad, y no de nuestra elevacion. No todos pueden subir y elevarse; pero todos pueden

bajar y abatirse. No todos son capaces de hacer grandes cosas por Dios, de emprender arduos asuntos por su gloria; pero ninguno hay que no se pueda humillar. Bien se puede decir que ninguna virtud cristiana está mas á la mano de todos que la humildad. ¿Quién tendrá valor para decir que no puede sentir bajamente de sí mismo, que no puede hacer mas concepto de los otros que de sí? Nunca nos faltan razones para creer que es mayor el mérito de los otros que el nuestro. Hay muchos que no pueden estar dotados de un eminente don de oracion; pero ¿quién hay que no pueda humillarse en ella, reconociendo su nada, su poca virtud, su miseria, y de esta manera hacer mucho cuando parece que hace nada? No siempre puedo hacer todo el bien que quisiera; pero siempre me puedo humillar delante de Dios á vista de lo poco que soy capaz de hacer, y suplir de este modo lo mismo que no hago. No siempre puedo estar en oracion : no siempre puedo ayunar ni ejercitarme en obras de caridad; pero siempre puedo humillarme. ¡Oh humildad, camino breve y fácil; pero camino seguro para arribar á poca costa á una eminente virtud! ¿De qué dependerá que no tomemos este camino? No es menester salir de nosotros para encontrar mil motivos de humillarnos : dentro de nuestro terreno hallaremos cuantos motivos, cuantas razones se pueden discurrir para abatir nuestro orgullo. Este mismo orgullo nuestro debe ser uno de los grandes motivos de humillacion en quien no tenga el mal gusto de atolondrarse, de aturdirse y de engañarse á sí mismo. La humildad debe extenderse á todas las clases, á todos los estados, á todas las condiciones. Tan obligados están á ser humildes los grandes como los pequeños. Es, á la verdad, un poco mas difícil la práctica respecto de aquellos, por cuanto todo conspira á lisonjearlos y á engañarlos, mas no por eso es

menor ni menos indispensable su obligacion. Los pequeños muchas veces son humillados sin ser humildes; y los grandes siempre quisieran ser humildes sin ser humillados. Desengañémonos; no hay virtud alguna sin aquella cristiana humildad que no consiste en conocer claramente cada uno que verdaderamente le falta el mérito y las prendas que afecta y que no tiene: esta es una humildad de puro entendimiento que hasta en los réprobos se puede hallar; sino en gustar, en alegrarse de que los otros conozcan tambien las prendas de que carece, y el mérito que le falta. Esta es aquella humildad de corazon que nos enseña Jesucristo cuando nos repite en el Evangelio tantas veces: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.*

El evangelio es del capítulo 12 de san Lucas, y el mismo que el día XIII, pág. 272.

MEDITACION.

NO HAY CONDENADO QUE NO ESTÉ CONVENCIDO DE QUE SU CONDENACION ES OBRA DE SUS MANOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué rabia, qué desesperacion será la de un condenado por toda la eternidad cuando considere que él mismo y él solo fué el artifice de su condenacion. Si se condenó, fué puramente por su culpa; si se condenó, fué porque él lo quiso así; si se condenó, fué porque no le dió la gana de corresponder á la gracia de Jesucristo. Dió este Señor todo el precio para su salvacion; no le habia excluido de la gracia de la redencion este divino Salvador; nació, vivió en

la tierra, padeció y murió por él como por todos los predestinados; merecióle, y le comunicó tambien todas las gracias suficientes para ser santo. Esta verdad es de gran consuelo para todos los fieles; pero no es de menor desesperacion para los infelices condenados.

Si Dios los hubiera dejado en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si les hubiera negado las gracias absolutamente necesarias para la salvacion, no por eso seria menos funesta su suerte, ni su mal menos infinito; pero entonces toda su rabia, todo su odio, todo su furor, se volveria contra Dios, que solamente los habia sacado de la nada para perderlos. Mas ¡qué sentirán! ¡cómo bramarán! ¡qué rabia tendrán contra sí mismos sabiendo muy bien que Dios era aquel buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel juez era un Salvador que habia derramado su sangre por todas ellas; que aquel Criador fué el mejor de todos los padres que nada les negó de lo que les pertenecia; que desde el mismo punto que los sacó á la luz del mundo les entregó todos sus bienes; que ni á uno solo dejó sin darle algunos talentos, con orden de negociar con ellos, respecto á su salvacion, la cual solo se concede á los adultos á título de salario y de recompensa. Si se condenó fué porque no quiso dar oidos al amoroso silvido de aquel buen pastor; porque se salió del redil; porque no se le antojó restituirse al aprisco; ¿será culpa del pastor si la desgraciada res fué despedazada y devorada?

¿Qué motivo habia para dejar la casa del mejor de todos los padres, y para no querer vivir sujeto á sus amorosas leyes? ¿No fué grande extravagancia cansarse de una vida uniforme y arreglada? Sacúdense el yugo de la ley; cánsase uno de la dependencia; quírese vivir al antojo y libertad de los deseos. No quiere Dios violentar á nadie, ó porque el servicio forzado

no le gusta, ó porque quiere respetar, digámoslo así, la libertad que concedió al hombre. Muy presto se ve este pródigo infeliz distante de la casa de su padre, muy presto encuentra en su misma libertad su perdición y su desdicha. No hay condenado que no haya sido el artifice de su condenacion. ¡Mi Dios, qué dolor! ¡qué desesperacion! ¡haber trabajado solo para perderse! ¡no ser deudor á otro que á si mismo de su condenacion eterna!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay santo en el cielo que no conozca, que no esté convencido de que solo debe su salvacion á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. ¡Qué afectos de amor y de reconocimiento serán los de los santos á este divino Salvador! Por el contrario, en el infierno ningun condenado hay que no vea, que no palpe que este mismo divino Salvador jamás negó á nadie su gracia, sino que él, por su propia malicia, fué el que no quiso seguir aquella saludable inspiracion, obedecer aquel precepto, privarse de aquel falso deleite que le habia de causar la muerte, caminar por el camino estrecho que guiaba los hombres á la salvacion. Pues ¡cuáles serán los afectos de odio, de desesperacion y de rabia contra sí mismo!

Aquel rico que se condenó comprenderá por toda la eternidad que en su mano estuvo expiar sus pecados con sus limosnas; que tuvo para eso grandes auxilios; que no le faltaron medios ni gracias, y solo le faltó la buena voluntad.

Aquella doncella, aquella mujer que se condenó, jamás se le olvidará en el infierno lo que hizo Dios para salvarla: los principios, las máximas piadosas en que la imbayeron desde la niñez, la cristiana edu-

cacion, las fuertes inspiraciones, sus obligaciones, sus desgracias, las enfermedades, las pesadumbres, todo lo disponia el Señor para evitar su perdicion. Condenóse porque se quiso condenar, y eternamente estará bien persuadida de esto.

Aquella persona consagrada al Señor y dedicada á su servicio con los mas sagrados vínculos, eternamente estará viendo en el infierno, si tuvo la desgracia de ser precipitada en aquellas llamas, que le hubiera costado mucho menos traer una vida ajustada, observante y uniforme en el estado eclesiástico, secular ó regular, que la vida aseglarada y desbaratada que tuvo; verá que su condenacion fué obra de sus manos; verá que fué menester oponerse, obstinarse empeñadamente contra los remordimientos de su conciencia, contra las luces de la misma razon, contra las sollicitaciones de la gracia para perderse. ¡Oh Dios, qué furioso arrepentimiento será el de un eclesiástico, el de un religioso, el de un sacerdote condenado!

Representate un hombre que por un raptó de locura ó por un exceso de borrachera puso fuego á su casa. Cuando aquel loco vuelva en sí, ó cuando disipados los humos de la embriaguez se halle restituida la razon á su natural serenidad, ¿qué dolor, qué desesperacion será la suya al considerar que él mismo fué el que convirtió su casa en un monton de cenizas; que él mismo fué el que con ella consumió sus muebles, sus bienes, sus almacenes y todo cuando poseia en el mundo; al reflexionar que se ve reducido á una infeliz mendiguez porque quiso perder cuanto tenia; que era hombre de conveniencias, y aun quizá rico, que podia ser dichoso y estimado, y por un frenesí, ó por un exceso se le antojó vivir infame, miserable y abatido? Comprende, si es posible, el dolor de este insensato cuando haga reflexion á su brutalidad. Pues

considera la desesperacion de un condenado cuando piense (y lo estará pensando por toda la eternidad, mal que le pese) que se condenó por culpa suya.

Mi Dios, pues me habeis dado tiempo para conocer anticipadamente aquella desesperacion, dadme gracia para precaver tanta desdicha. No, mi Dios, no quiero perderme; resuelto estoy á sacrificarlo todo, á padecerlo todo, á practicarlo todo para salvarme por los méritos de mi Señor Jesucristo. Sea así con vuestra divina gracia.

JACULATORIAS

Iniquitatem meam ego cognosco : et peccatum meum contra me est semper. Salm. 50.

Reconozco, mi Dios, mis pecados, los detesto, y jamás cesaré de acusarme de ellos.

Tibi, Domine, justitia : nobis autem confusio faciei.
Dan. 9.

Vos, Señor, sois justo aunque nos castigais con el mayor rigor : á nosotros solo nos queda la confusion y el dolor de que, si nos perdemos, es porque nos queremos perder.

PROPOSITOS.

1. Ser uno infeliz por una fatalidad inevitable, es una suerte bien triste; pero á lo menos no puede uno echarse á sí mismo la culpa de su desgracia, y toda su indignacion se vuelve contra la causa de su desastre; pero ser infelizmente desdichado, eternamente desdichado porque le dió la gana de serlo, por su antojo y por su propia malicia, concibe, si puedes, el rigor de este suplicio. Si á lo menos se pudiera en el infierno distraer el ánimo de este pensamiento; si se pudiera uno persuadir á que le faltó la gracia necesaria

ria para la salvacion; si pudiera creer que Jesucristo no habia muerto por nosotros, y que al fin él no pudo hacer otra cosa; pero en el infierno ninguno es hereje; todos están persuadidos, todos están convencidos, todos ven, todos palpan que la condenacion es obra de nuestras manos. Saben que pudieron no resistir á la gracia; confiesan que tuvieron gracia suficiente para salvarse; pero que no quisieron: el deleite engañó á la voluntad, y la pasion quedó victoriosa, porque el corazon obró de inteligencia con la pasion. ¡Ah, y qué de otra manera se viviria si se pensara con mayor frecuencia en esta verdad! Meditala continuamente, y cuando fuere mas violenta la tentacion, cuando la pasion se explicare mas fogosa, pregúntate á ti mismo: ¿quiero condenarme? Pues bien puedo darme este gusto; pero el fruto de esta desdichada satisfaccion será el infierno, serán las llamas eternas. Si me determino libremente á pecar, libremente quiero ser condenado. No hay cosa mas legitima que este discurso y esta consecuencia.

2. Todo pecado mortal le has de considerar como un legitimo derecho que adquieres á tu reprobacion, y como un título que te asegura una eterna infelicidad. ¡De cuántas piadosas industrias se valieron los santos para hacerse como palpable esta gran verdad! Unos en lo mas fuerte de la tentacion escribian estas palabras:

*Consiento en ser condenado
Si consiento en el pecado.*

Otros, aplicando los dedos á la llama, se preguntaban á sí mismos, si podrian habitar por toda la eternidad en medio de los ardores del infierno: muchos finalmente se hacian familiar esta sentencia tan importante: *Mi salvacion será obra de Jesucristo; pero mi*

condenacion será obra mia si tengo la desgracia de perderme.

DIA QUINCE.

SAN MALÓ, OBISPO Y CONFESOR.

Fué san Maló originario de la gran Bretaña, de casa noble y antigua. Su padre, segun algunos autores, era conde de Winchester, y su madre una gran señora, tia materna de Sanson y san Maglorio; pudiéndose decir que fué de una familia acostumbrada á producir santos. Diéronle por maestro á san Brandan, varon ilustre en doctrina y en santidad. Desde que se puso bajo la disciplina del santo abad, dió Maló claras muestras de su buen ingenio; era muy á propósito para las letras, juntando á la facilidad de aprender una docilidad y una condescendencia que le hacian amable á todos los monjes de la casa; á todos respetaba, á todos servia, y se dejaba amar de todos. Solo tenia de niño la inocencia y la sencillez de las costumbres; huia de todo juego, de toda merienda, de toda lijereza pueril, y era abstinentes antes de conocer por el nombre á la abstinencia; gustaba de leer, y la oracion tenia para él un especial atractivo. En el invierno no se arribaba á la lumbre, porque la suplía el encendido fuego del divino amor que abrasaba su corazon. Un niño en quien hacia ya impresion tan viva el amor de Dios, parecia acreedor á que le mirasen con particular esmero los amorosos cuidados de la divina Providencia. Así sucedió. Estaba junto al mar el monasterio de San Brandan, y sus discipulos salian algunas veces á pa-

searse á la ribera: una tarde, estando para ponerse el sol, salió el niño Maló á recrearse con sus condiscipulos, y mientras estos se divertian, él se sentó inoportunamente en un gran cesped ó porcion de campo que por todas partes estaba desprendido de la tierra. Quedóse dormido sin que ninguno lo advirtiese; pero llegando entre tanto la marea, cubrió todos aquellos dilatados espacios que habia dejado en seco al retirarse, cercando por todas partes al santo niño, y levantando sobre las ondas el verde lecho en que tranquilamente descansaba, pudiéndose decir literalmente que dormia en el seno de la divina Providencia. Cuando el abad le echó menos en el monasterio, corrió apresurado á la orilla del mar, creyéndole sepultado entre las olas. Llamóle, y como nadie le respondiese, se retiró á su convento penetrado de dolor. Apenas amaneció, volvió el santo abad á la ribera, no ya con esperanza de encontrarle vivo, pues le suponía ahogado, sino porque el amor es inquieto, y no se satisface con una sola diligencia. Ibase retirando la marea, y el abad la iba siguiendo, penetrando por lo que dejaba enjuto, cuando vió á su querido hijo sobrenadando en su verde catre, y cantando las alabanzas de Dios en aquella nueva especie de milagroso bajel. Acercóse al niño Maló, y supo de su boca el prodigio de la divina bondad, que quiso sirviese á la conservacion de su vida la misma violencia de aquel furioso elemento; y para eterno testimonio del portentoso suceso, el campo nadante donde acaeció, al retirarse la marea, se fijó en el suelo del mar, y formó una pequeña isla que respetan las aguas, sin que se cubra jamás aun en las mareas mas vivas. Un niño en cuyo favor obraba el cielo prodigios, era razon que á solo Dios se consagrara. Tomó, pues, el hábito de religioso, y se agregó á los monjes del monasterio de San Brandan. Fué un modelo de todas las virtudes;